



XII

Otro aquelarre.

Las noches en España son deliciosísimas nueve meses por lo menos al año. Noches claras, serenas, de cielo purísimo, en el cual

*brillan las estrellas
cual lámparas de un altar...*

iluminando la Luna con sus argentinos rayos los maravillosos encajes de piedra de las soberbias catedrales, obras maestras de arquitectura.

La luz blanca y pálida alumbraba, pues, el *Prado del Buco* lo suficiente para poder ver claramente lo que en él sucedía.

Lagardère no sentía la menor piedad por la carnicería hecha. Después de haber asistido á aquel espectáculo y escuchado tanta blas-

femia, creía que sólo con sangre podía purificarse aquel lugar manchado por el inmundo aquelarre. De treinta brujos que había allí cuando penetraron los cuatro hombres, quedaban cinco, que se defendían furiosamente con los restos del altar, y que el caballero y sus amigos cazaban como á fieras en el perímetro de aquel nuevo circo. Persecución fantástica, que la imaginación apenas puede representarse sin recordar épocas remotas de los circos romanos en que los cristianos eran arrojados á los gladiadores y á las fieras. En breve, sin embargo, sólo quedó un réprobo en pie, y Lagardère le tendió á sus pies con su estocada favorita.

Ya nada tenían que hacer allí los cuatro hombres, sino dejar en su lugar á los buitres. El caballero envainó su espada, é iba á dar la orden de retirarse, cuando prorrumpió en una exclamación de sorpresa. En la cima de la roca en que se abría el angosto desfiladero que daba acceso al prado, en medio de un grupo de mujeres desnudas, cinco hombres cubiertos con capas negras blandían amenazadoramente sus espadas.

Los *enrodados* de Gonzaga no tuvieron dificultad en creer el relato de las brujas mientras no se trató de Lagardère. Aunque éste fuera su mortal enemigo, le suponían incapaz de encarnizarse con hombres indefensos y de maltratar sin

grave motivo á mujeres. Concibieron, pues, la sospecha de que aquellas pícaras los engañasen, y no queriendo servirles de juguete, les exigieron que los guiasen al lugar del suceso, resueltos á obligarlas á ello si rehusaban.

No fué solamente su vista lo que había provocado la sorpresa de Lagardère, sino algo más serio y más amenazador. Las malditas brujas habían desencajado un enorme pedrusco sobre la cabeza de Passepoil, y lo empujaban á fin de hacerlo caer á plomo por la hendidura para aplastar al diestro y cerrar la salida del prado. El normando era el único que ignoraba el peligro que corría. Cocardasse y el vasco cambiaron con Lagardère una mirada de indecible angustia.

¿Fué casualidad, ó inspiración de la Providencia, que quiso recompensar á aquel hombre por haber defendido la fe contra el satanismo? El caso fué que antes que Lagardère y Cocardasse hubieran tenido tiempo de advertirle, porque el hecho ocurrió con rapidez vertiginosa, el buen esgrimidor sintió ganas de reposar y se sentó en un hueco natural de la roca, en la misma esquina del valle, metiéndose por completo en el hueco como en una cama. Y esta sencilla acción le salvó la vida. Aún no había concluido de introducirse en la cavidad de la peña, cuando sintió un ensordecedor estrépito, como si se desgajara y des-

moronase la montaña, y una lluvia de cascotes le envolvió, azotándole alguna piedrecita el rostro.

Como suele suceder en casos semejantes, púsose en pie cual impulsado por un resorte, y en cuatro saltos gigantescos se encontró al lado de sus compañeros, instintivamente y sin darse cuenta de lo ocurrido. Cocardasse le estrechó conmovido entre sus brazos.

—¡Mal pecado! ¡Te has salvado en una tabla! ¡Ya creía yo que no escapabas!

—¿Yo?

—¡Tú mismo! ¡Sangre de Cristo! ¡Vuélvete y mira!

El bloque de piedra había encajado en el desfiladero, y las brujas, ayudadas por los gentiles-hombres, continuaban arrojando más pedruscos para cegar por completo y para siempre aquella salida, convirtiendo el *Prado del Buco* en una prisión, quizás en una tumba.

—¡Cosas de mujeres!—exclamó Lagardère encogiéndose de hombros—Las rocas no son tan altas que no podamos escalarlas. Aguardemos á que bajen nuestros adversarios.

Dicho esto fué á sentarse tranquilamente cerca de la caldera, donde aún hervía el aceite calentado por pequeña hoguera, á cuyo resplandor veíanse algunos cadáveres. Desde su asiento examinaba con atención á los embozados, que

creían emparedarle en aquel lugar maldito. Estaban demasiado distantes para poder distinguir sus facciones; pero lo que no podía con los ojos lo consiguió con los oídos. El viento cambió de pronto y llevó hasta él el eco de varias voces, una de las cuales pronunciaba su nombre con marcado acento tudesco.

—¡De Batz aquí!—murmuró sonriéndose.— ¡Debí figurármelo! Son cinco. ¡Los *enrodados* de Gonzaga! ¡Lástima que no esté el amo con ellos! Este lugar recuerda los fosos de Caylus, y su cadáver es digno de hacer compañía á estos otros.

—¡Á saberlo—repuso Cocardasse,—puede ser, chiquillo, que se avergonzaran estos réprobos de su compañía!

Los ojos del caballero adquirieron extraordinaria fijeza.

—¡Sí, ellos son!—añadió.—Ése es el gordo Oriol; aquél, si no me engaño, Montaubert; y éstos, Taranne y Nocé! ¡Menguado festín! ¡No tenemos para empezar!

La voz del Barón resonó de nuevo llamando con su habitual trueque de letras:

—¡*Lacartér!*

El caballero hizo bocina con las manos, y respondió, repitiendo su grito de desafío á Gonzaga, sus palabras de aliento á Nevers:

—¡Aquí estoy!...

Las mujeres, obediendo la orden de Montaubert, rodearon el barranco y comenzaron á descargar sobre el prado una lluvia de piedras desde ocho ó nueve sitios á la vez. Cocardasse recibió una en el brazo izquierdo; lanzó un juramento, y comenzó á devolverlas furioso. Antonio, sacando una honda de su bolsillo, se le había adelantado.

Era un arma terrible en manos del vasco, y sus efectos no tardaron en exteriorizarse. Dos ó tres mujeres se retiraron lanzando gritos de dolor, y el gordo Oriol se fué cojeando á refugiarse en un matorral: había recibido una tremenda pedrada en un muslo. Lagardère notó que la roca estaba desguarnecida por el lado en que Antonio había hecho aquellas víctimas. Acaso podían salir por allí...

—¡Probemos!—dijo.—¡Haced vosotros como yo, y adelante!

Echóse áuestas un cadáver para que le sirviese de escudo, y se precipitó espada en mano hacia el desfiladero; pero estaba obstruído de tal modo, que era muy difícil escalarlo, aunque los enemigos no se hubiesen corrido hacia allí para impedirlo.

En efecto; habían adivinado la maniobra, y comenzaron de nuevo á desencajar y hacer rodar nuevas peñas. Con un grito de triunfo saludaron

el fracaso de aquella tentativa: el caballero acababa de tirar al suelo el cadáver inútil, y se retiraba. Antonio continuaba manejando su honda.

Aun no siendo peligrosa, la situación no tenía nada de agradable. Era más de media noche. Cabía esperar que las brujas no pudiesen esperar como estaban á que se hiciera de día, á menos de cobijarse entre las rocas ó en los matorrales hasta la noche siguiente, hipótesis poco probable; y, por otra parte, los *enrodados*, no queriendo luchar cara á cara, sólo tenían el recurso de matarlos de hambre, para lo cual tendrían que hacer centinela varios días seguidos, y no era fácil que se detuvieran. Era cuestión, pues, de dejarlos y aguardar.

Lagardère y sus amigos dejaron de atacar y fueron á sentarse tranquilamente, sin perderlos de vista. Al poco rato la Luna se ocultó, quedando el prado sumido en la más densa oscuridad. Antonio Laho, como casi todos los montañeses acostumbrados á descender por precipicios, llevaba una cuerda arrollada á la cintura; cuerda delgada, pero fuerte y resistente, de solidez á toda prueba. Iluminóse su semblante al ensombrecerse el cielo.

—¡Seguidme!—dijo.—La Luna no reaparecerá hasta dentro de una hora, y ya estaremos muy lejos.

Había observado un sitio que no era para él muy difícil de escalar: no había roca bastante escarpada, ni precipicio demasiado profundo para un vasco del temple de Antonio Laho. Ayudándose con pies, manos y puñal, trepó con la agilidad de un gato montés, y en menos de cinco minutos llegaba á la cumbre. Ató sólidamente la cuerda á un árbol, y arrojó el extremo al fondo del abismo, azotando la cara al gascón, que vió las estrellas, pero pudo reprimir uno de sus habituales juramentos.

En breve, auxiliados por la cuerda, izáronse los tres hombres. Acostumbrados á ejercicios gimnásticos de todas clases, los tres eran ágiles, y no tuvieron que hacer grandes esfuerzos para lograr la ascensión. Una vez arriba fueron silenciosamente guiados por el vasco, que conocía á palmos el terreno, en busca de los caballos, los cuales, como tenían pasto abundante á su alcance, no se habían movido ni relinchado. Montaron y salieron á la carretera.

Cocardasse estaba satisfechísimo por la burla hecha á los *enrodados*, y sonreía alegremente.

Gozaba más con una treta de aquéllas que venciendo en lucha igual á su adversario.

—¡Que se vayan al Diablo ahora! ¡No les faltan diablerías!

Y rió su propia gracia, en vista de que *Passepoil* no la celebraba.

Lagardère titubeó un momento antes de decidirse por el camino que debía tomar. La gitana quizás le aguardase en Zaragoza; pero ¿cómo había de saber dónde se hallaba recluída Auro-ra? Y por el lado de la frontera era por donde le llamaba el deber una vez que se había declarado la guerra. Por penoso que le fuera abandonar momentáneamente sus pesquisas, el honor le ordenaba reunirse al ejército.

Quizás la victoria, que permitiría á Francia dictar leyes á España, podría ayudarle á recobrar á su amada. Tras madura reflexión sacrificó á Mariquita, mientras al pie de la Torre Nueva la joven se deshacía en llanto aguardándole, y tomó el camino de Pamplona.

Cuando la Luna reapareció de nuevo los *enrodados* miraron al abismo y se estremecieron: no había nadie.

—¡No están!—dijo Montaubert.

Llamaron á Lagardère repetidas veces; pero sólo les contestó el eco. ¿Sería un lazo? Todo era de temer de aquel hombre audaz que despreciaba todos los peligros y destruía todos los obstáculos. La banda comenzó á dar vueltas en torno del abismo como trailla despistada; pero en vano escudriñaron y buscaron minuciosamen-

te. No estaban en el prado. La hoguera que hacía hervir el aceite de la caldera se había apagado. La Luna iluminaba el lugar, donde sólo yacían cadáveres desnudos. Lagardère había volado sin dejar huellas.

—¡Vámonos!—dijo Taranne.

—¡Sí!—añadió Nocé.—Hemos cometido una locura, á pesar de no hallarnos borrachos. ¡Marchemos!

Las brujas suplicaron á los caballeros que las ayudasen á recobrar sus ropas; pero de Batz burlóse de su pretensión.

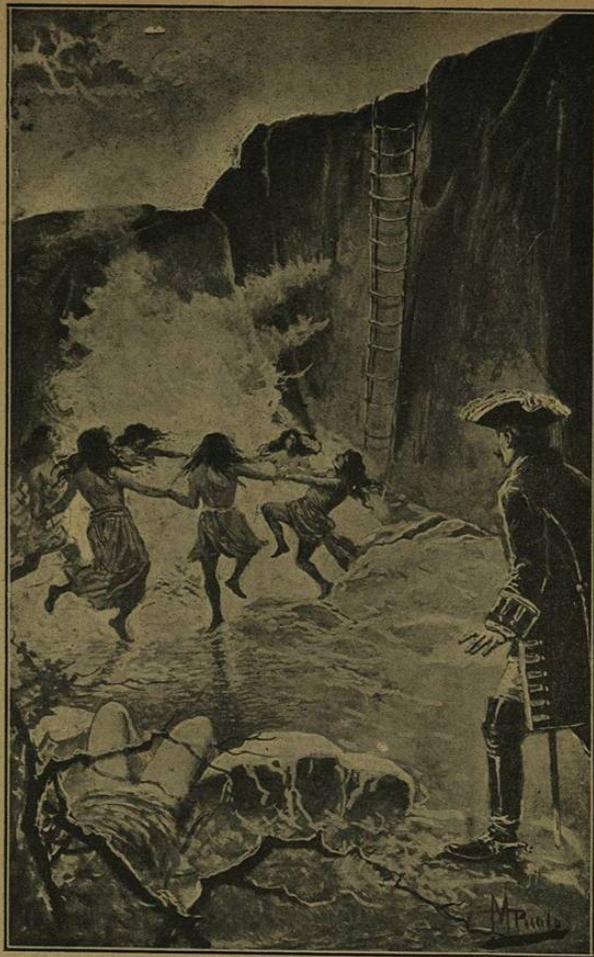
—Desnudas os encontramos, y desnudas os dejamos—murmuró en su jerga especial.—¡Arreglaos como podáis!

Saltaron sobre sus sillas y desaparecieron.

Las brujas sólo tenían una hora de que disponer antes de que amaneciese, y se dispersaron, prometiéndose volver con sus demás compañeras á la siguiente noche para quemar los cadáveres de sus desdichados hermanos.

Aquella noche Lagardère llegaba á Pamplona, y pocas horas después Chaverny rodaba al abismo cayendo en el *Prado del Buco*. Ya le hemos visto levantarse casi en seguida y riendo.

Pero no bien anduvo tres pasos, cesó de reir. Había tropezado con un cadáver: luego vió otro y otro, todos desnudos.



Las mujeres mientras tanto danzaban en torno de la hoguera.

—¿Qué es esto?—pensó.—¡Un cementerio de nuevo género!

Inclinóse sobre un cuerpo disforme cuyo semblante extraño tenía expresión burlesca, y se estremeció al ver la única herida de aquel cadáver entre ceja y ceja.

—¡Lagardère ha pasado por aquí!—murmuró.
—¡Vive Dios! ¿Pero ese hombre no descansa un momento?

Quiso examinarlos todos uno á uno, temiendo encontrar entre ellos el del caballero ó alguno de los suyos, y al terminar su fúnebre examen exhaló un suspiro de alivio. Buscó una espada, un puñal, un arma cualquiera, y no la encontró. No creía verosímil que Lagardère hubiera matado tanta gente indefensa, y menos que la hubiera despojado de sus armas, y supuso que el combate debió de celebrarse cerca de allí, y que algunos bandidos los habrían desnudado y robado, arrojándolos al barranco para que sirvieran de pasto á lobos y buitres. De cualquier modo, el lugar era siniestro, y el Marqués buscaba en vano una salida, cuando un ruido de voces le detuvo.

En el primer momento creyó que serían los guardianes de quienes había huído, y nada dispuesto á volver á su poder, se pegó á una roca en la sombra y se mantuvo en completa inmovi-

lidad. Su sorpresa fué grande al reconocer que las voces eran de mujer, y aumentó aún al ver que bajaban al abismo por medio de una escala de cuerda. Eran una docena, y todas llevaban á la espalda un hacecillo de leña que cada cual arrojó al suelo, però todos juntos. Su asombro convirtiése en estupefacción al ver que lo primero que hacían era desnudarse por completo, y en seguida echar á la hoguera uno tras otro todos aquellos cadáveres.

Un insoportable hedor de carne quemada llegaba á las narices del Marquesito. Las mujeres mientras tanto danzaban en torno de la hoguera. Sintió vivas ansias de escapar de aquel infierno, y de un saltó llegó al pie de la escala, comenzando su ascensión. Apenas había subido dos tramos cuando una de las brujas, la reina viuda, lanzó un grito demoníaco y dijo:

—¡Lagardère!

La horda se precipitó aullando trás él. Por rápido que quiso ser Chaverny, aún estaba á mitad del camino cuando la reina de las brujas le alcanzó, y casi en seguida sintió que le agarraban del tobillo, dándole un formidable tirón hacia abajo. Rápidamente, y al ver que no habían logrado hacerle soltar las manos, comprendió que de no mantenerse firme estaba perdido, pues, caso de no descalabrarse en la caída, aquellas fu-

rias le echarían á la hoguera, pues acabarían por vencerle estando él desarmado. Prescindiendo, pues, de que era una mujer la que le tenía asido, reunió todas sus fuerzas, encogió la pierna, la estiró como si obedeciera á un resorte, y su pie chocó con una cara.

Oyó un grito de agonía, se dió cuenta casi instintivamente de que un cuerpo caía hacia atrás, de espaldas al abismo, y llegó á sus oídos un ruido sordo, ¡paf!, como un odre lleno de aire que se aplasta.

Desde aquella noche la última reina de las brujas españolas duerme en la grieta de una roca convertida en culebra: según unos, en los Pirineos; según otros; en el *Prado del Buco*.

